

Por culto del alma tengo,  
 La memoria siempre nueva  
 De la mujer más amada,  
 De mi madre que ya es muerta.  
 ¡Mi madre! Cuán amoroso  
 Mi pecho su voz recuerda,  
 Voz que formó al hijo un cielo  
 Y al hombre legó una idea.  
 ¡Perdónamel! Era mi madre  
 Tan cariñosa, tan buena,  
 Que cuando de Dios te hablo,  
 Tengo que hablarte de ella.

Hay en mi sér algo triste  
 Que guardo como creencia,  
 Y esta es la verdad que nace  
 Cuando terminan las penas.

MANUEL ACUÑA.

AMOR.

INEDITA.

¡Amar á una mujer! sentir su aliento,  
 Y escuchar á su lado  
 Lo dulce y armonioso de su acento;  
 Tener su boca á nuestra boca unida  
 Y su cuello en el nuestro reclinado,  
 Es el placer más grato de la vida,  
 El goce más profundo  
 Que puede disfrutarse sobre el mundo!  
 Porque el amor al hombre es tan preciso,  
 Como el agua á las flores,  
 Como al querub ardiente el paraíso;  
 Es el prisma de mágicos colores  
 Que trasforma y convierte  
 Las espinas en rosas,

Y que hace bella hasta la misma suerte  
 A pesar de sus formas espantosas.  
 Amando á una mujer, olvida el hombre  
     Hasta su misma esencia,  
 Sus deberes más santos y su nombre:  
 No cambia por el cielo su existencia;  
 Y con su afán y su delirio, loco,  
 Acaricia sonriendo su creencia,  
 Y el mundo entero le parece póco. . . . .  
 Y quitadle al zenzontli la armonía,  
     Y al águila su vuelo,  
 Y al luminar espléndido del día  
 El azul pabellón del ancho cielo—  
 Y el mundo seguirá. . . .

    Mas la criatura,  
     Del amor separada,  
 Morirá como muere marchitada  
     La rosa blanca y pura  
 Que el huracán feróz deja tronchada;  
 Como muere la nube y se deshace  
     En perlas cristalinas  
 Cuando le falta un sol que la sostenga  
 En la etérea región de las hondinas.  
 “¡Amor es Dios!” á su divino “fiat”  
 Brotó la tierra con sus gayas flores  
     Y sus selvas pobladas  
 De abejas y de pájaros cantores,  
 Y con sus blancas y espumosas fuentes

    Y sus limpias cascadas  
 Cayendo entre las rocas á torrentes;  
 Pero brotó sin canto ni armonía. . . .  
 Hasta que el beso puro de Adán y Eva,  
     Resonando en el viento,  
 Enseñó á las criaturas ese idioma,  
 Ese acento magnífico y sublime  
 Con que suspira el cisne cuando canta  
 Y la tórtola dulce cuando gime.  
 “¡Amor es Dios!” y la mujer la forma  
 En que encarna su espíritu fecundo;  
 Él es el astro y ella su reflejo—  
 Él es el paraíso y ella el mundo. . . .  
 “Y vivir es amar.” Quien no ha sentido  
 Latir el corazón dentro del pecho  
     Del amor al impulso,  
 No comprende las quejas de la brisa  
 Que vaga entre los liños de la loma,  
 Ni de la virgen casta la sonrisa,  
 Ni el suspiro fugaz de la paloma.  
 “¡Existir es amar!” Quien no comprende  
 Esa emoción dulcísima y süave,  
 Esa tierna fusión de dos criaturas  
     Gimiendo en un gemido,  
     Con un goce gozando  
 Y latiendo en unísono latido. . . .  
 Quien no comprende ese placer supremo,  
     Purísimo y sonriente,

Ese miente si dice que ha vivido;  
 Ese, si dice que ha gozado, miente.  
 Y el amor no es el goce de un instante  
     Que en su lecho de seda  
 Nos brinda la ramera palpitante;  
     No es el deleite impuro  
 Que hallamos al brillar de una moneda  
 Del cieno y de la infamia entre lo oscuro;  
 No es la miel que provoca  
 Y que deja, después que la apuramos,  
 Amargura en el alma y en la boca. . . . .  
     Pureza y armonía,  
 Angeles bellos y hadas primorosas  
 En un Edén de luz y de poesía,  
 En un pensil de nardos y de rosas,  
 Todo eso es el amor. . . .  
     Mundo en que nadie  
 Lloro ó suspira sin hallar un eco;  
     Fanal de bienandanza  
 Que hace que siempre ante los ojos radie  
 La viva claridad de una esperanza.  
     El amor es la gloria,  
     La corona esplendente  
 Con que sueña del genio el alma grande  
     La virgen sonriente  
 Que pulsa el arpa ó el acero blande.  
     El Petrarca sin Laura,  
 No fuera el vate de sentido canto

Que hace brotar suspiros en el pecho  
     Y en la pupila llanto.  
 Y el Dante sin Beatriz no fuera el poeta  
     A veces dulce y tierno,  
 Y á veces grande, aterrador y ronco  
 Como el cantor salido del infierno. . . .  
     Y es que el amor encierra  
     En su forma infinita  
 Cuanto de bello el universo habita,  
 Cuanto existe de ideal sobre la tierra.  
 Amor es Dios, el lazo que mantiene  
     En constante armonía  
 Los séres mil de la creación inmensa;  
     Y la mujer la diosa,  
 La encarnación sublime y sacrosanta  
 Que la pradera con su olor incienso  
 Y que la orquesta del Supremo canta.  
 ¡Y salve, amor! emanacion divina. . . .  
 . . . . Tú mas blanca y mas pura—  
 Que la luz de la estrella matutinal  
 ¡Salve, soplo de Dios! . . . .  
     Y cuando mi alma  
 Deje de ser un templo á tu hermosura,  
 Ven á arrancarme el corazón del pecho,  
 Ven á abrir á mis pies la sepultura.

México, Enero de 1869.